

La mirada de las cosas invisibles

A veces, en el final del curso, no es el ruido del timbre lo que más pesa.

Es el eco de una conversación. O de dos.

Ayer viví dos escenas que no deberían caber en el mismo día.

Una familia vino a hablar del brillo de su hija. Es una niña que lo hace todo bien. Tan bien que hasta los cuadernos parecen respirar orden.

Y, sin embargo, los padres buscaban un matiz. Querían saber por qué, si todo estaba perfecto, no todas sus actitudes eran calificadas como “positivas”. Se aferraban al adjetivo como si en él se jugara el alma.

Era una conversación entre comillas: técnica, medida, justa en apariencia. Pero en el fondo había una pregunta muda: ¿por qué no es todo reconocimiento cuando todo parece mérito?

Un rato después, llamé a otra madre.

Su hija ha faltado mucho. Casi no ha estado. Y cuando ha estado, ha suspendido. Me disculpé, por no haber sabido hacer de la escuela un lugar al que querer volver.

Y ella, en lugar de reproche, me da las gracias.

No por los resultados. Por la compañía.

Por estar ahí, incluso sin conseguir. Me habló con una ternura que no se puede poner en actas.

Reconoció el esfuerzo sin exigirme resultados. Su voz no venía a exigir, venía a acompañar. A aceptar. A dar las gracias.

Y uno se queda en silencio.

Porque el corazón no entiende de boletines.

Y hay gratitudes que nacen en la escasez,
y quejas que brotan en la abundancia.

Una niña que lo tiene todo, pero no parece suficiente.

Otra que lo ha perdido casi todo, y aún así recibe gratitud.

Y pienso: ¿qué mide realmente el valor de una escuela?

Quizá no sea la perfección del expediente, sino la imperfección bien mirada.

Quizá no sea la exigencia por lo que falta, sino la gratitud por lo que se intenta.

Y tal vez —solo tal vez—

la educación no consista en sumar notas,
sino en aprender a no restar humanidad.

Jon Arrieta

Tutor de 1º ESO A y

Profesor de Biología.

Colegio Corazonistas Vitoria